

La inteligencia obrera. Notas sobre la experiencia política de los trabajadores en los años '70

Roberto Pittaluga (UNLPam/UNLP/UBA)

“...todo lo que sabemos nosotros lo sacamos de nuestra propia experiencia...”

Agustín Tosco, 1970

De los acontecimientos de la historia argentina reciente, el Cordobazo ha sido uno de los que mayores atenciones concitó. No sólo hay gruesos volúmenes de historiadores argentinos y extranjeros dedicados a este singular evento, sino que la significación del Cordobazo, lo que esa movilización y ese enfrentamiento, por cierto violento, quería decir, fue objeto de durísimas luchas desde el mismo momento en que las calles de Córdoba eran ocupadas por trabajadores, estudiantes, vecinos.¹

Esta necesidad por otorgarle sentido al acontecimiento Cordobazo es uno de los nudos relevantes de aquella experiencia, porque en las diferentes lecturas se jugaron buena parte de los recorridos posteriores. Lo que tenían en común muchas de las interpretaciones contemporáneas con el acontecimiento era lo siguiente: que el Cordobazo era un punto de inflexión. Ahora bien, qué era lo que se cerraba, o qué lo que se abría, ya eran preguntas que remitían incluso a perspectivas políticas antagonistas. Así, conspicuos voceros del régimen de Onganía decían que las jornadas del 29 y 30 de mayo de 1969 demostraban que se precisaba una profundización de la Revolución Argentina, nombre con el que se autodesignaba la dictadura. Del otro lado, muchos interpretaron el Cordobazo no sólo como el final de dicho régimen sino también como el toque de rebato que los convocaba a la revolución social, o que al menos explicitaba la disposición popular a encararla, empresa en la que muchos de estos intérpretes, además, se asignaron lugares precisos.

¹.-No es el propósito de este artículo elaborar una interpretación del Cordobazo ni esbozar una historia de las luchas y acciones de las vanguardias obreras de los años 60 y 70. El lector interesado puede consultar, para el Cordobazo y la conflictividad obrera en Córdoba, las obras de Brennan (1992 y 1996), Brennan y Gordillo (1994 y 2008), Gordillo (1991, 1996, 1999, 2001, 2007), Delich (1994 [1970]), Balvé et. al. (1973), entre otros. Un balance de las distintas aproximaciones en Hernández (2000). Una interpretación desde lo testimonial, en Cena (2000). Lo que aquí se propone es indagar en las dimensiones políticas de esas experiencias a partir de los testimonios, actuales y epocales, de algunos protagonistas.

Es notable esta doble pertenencia y pertinencia del término revolución en 1969. Evidentemente la autodenominación repetida por las dictaduras de 1955 y 1966 (con el antecedente del golpe de 1930²) expresa cierta legitimidad en su invocación como palabra que designa el final del desgobierno, la vuelta al disciplinamiento social, una llamada al orden, todos sentidos antitéticos a los que provienen de la irrupción del pueblo. Y quizás uno de los significados del Cordobazo se encuentre justamente en las posibilidades que abre y cierra para el uso del concepto de revolución, desde entonces en boca de quienes alentaban el fin del capitalismo y el pasaje a otra sociedad, genéricamente llamada socialista.³

Pero ese desplazamiento semántico entre una enunciación conservadora y una radicalmente transformadora —en cierta medida gracias a significaciones disímiles que el propio concepto moderno de revolución retiene, aunque pone en liza de modo no equilibrado— supuso agentes y discusiones en los que se cimentará el desde entonces sentido predominante. De modo que el Cordobazo, además de sacudir la trama política y social argentina, se extendió en sus interpretaciones, las que conviene pensar como parte del acontecimiento, en la medida que en ellas los sujetos se reconocían y elaboraban un campo de sentidos para sus prácticas como también para sus expectativas. Y allí, en la producción de significados para comprender su experiencia, la palabra obrera tuvo un lugar destacado.

1. Narrar(se)

El propio Agustín Tosco, una de las figuras emblemáticas de aquellas jornadas, sintió la necesidad de significar la gesta cordobesa, de convertir en palabras, frases, texto, aquello que los cordobeses habían expresado con movilizaciones masivas, barricadas, enfrentamientos con la policía y el ejército, quema de locales de las grandes empresas, toma de las calles, los barrios, etc. En su “Testimonio del Cordobazo” — publicado en junio de 1970, a un año de lo sucedido— salía al cruce de las versiones que enfatizaban el carácter *espontáneo* del Cordobazo, donde espontáneo quería decir

²- En su inconstitucional Acordada para legitimar el golpe de 1930, la Corte Suprema sostuvo la “... constitución de un gobierno provisional emanado de la revolución triunfante el 6 de septiembre...”, cit. en Halperín Donghi (2004: 339).

³- No casualmente la dictadura que se inicia con el golpe de 1976 elige otra designación: lo que se pretende en 1976 como la “re-organización nacional”, además de indicar una relación de filiación con ese momento de la “organización nacional” del siglo XIX, ya no es volver al orden sino la de establecerlo sobre nuevos fundamentos.

episódico y a la vez fuera del control de las capacidades humanas, como una suerte de terremoto social, un movimiento involuntario.⁴ “No hay espontaneísmo. Ni improvisación”, afirmaba el lucifercista, pues esas lecturas no daban cuenta del papel de los promotores, del trabajo preparativo, de la experiencia y del saber de los trabajadores (Tosco, 1988: 54).

Ese énfasis en la preparación, en el carácter no espontáneo de la movilización se repite en muchos relatos de los protagonistas. Jorge Canelles, comunista y activista de la construcción de larga militancia, sostenía que

“el Cordobazo fue organizado, se determinó por dónde tenían que marchar las columnas y se llamó a concurrir con todos los elementos contundentes que se pudieran. Ahora, para tener una idea, SMATA cumplió la cosa, hizo más de tres mil molotovs en el campo de deportes. SMATA, no? Aparte de las otras organizaciones. O sea, no se fue desguarnecido”.⁵

Y Oscar Álvarez, también de Luz y Fuerza, recordaba “esas marchas, previas al Cordobazo, donde todos nos encontrábamos ahí enfrentando a la policía, porque el Cordobazo no fue, como te diría..., un hecho espontáneo, tiene antecedentes de lucha, mucha lucha, mucha calle...”.⁶ En 1971, en un folleto que publica la comunista editorial Anteo, Aníbal Córdoba sostenía que “una movilización de masas que se convierte en una verdadera rebelión popular, no surge de una simple reacción emotiva”.⁷ Luego de reseñar brevemente lo que consideraba los antecedentes de la rebelión, y antes de pasar a exponer las actividades del PC antes y durante el acontecimiento, el autor listaba los muchos “elementos acumulados que detonaron el 29 de mayo de 1969”, desde “las reivindicaciones económicas (sábado inglés, quitas zonales, aumentos salariales)” y “la indignación por los asesinatos de Bello, Cabral y Blanco” al “odio creciente a la dictadura”. E inmediatamente identificaba otra cuestión “que se discute en la interpretación del «cordobazo»”, a la cual nombraba como la dialéctica entre “lo organizado y lo espontáneo”.⁸ Para el militante comunista, la insurrección cordobesa no fue ni “«la fría máquina subversiva»” que denunciaba la dictadura, ni “mera explosión

⁴.- La mayoría de las acepciones de “espontáneo”, si bien conservan un significado que lo atribuye a la voluntad, al propio impulso, refieren principalmente a lo que se produce sin causa o sin motivo, o sin intervención del hombre. Como en biología, donde “generación espontánea” quiere decir aquello que nace sin progenitores físicos.

⁵.- Memoria Abierta, *Testimonio de Jorge Canelles*, Buenos Aires, 2001. La reiteración, con tono de asombro, de lo hecho por SMATA quiere enfatizar el grado de preparación del evento exponiendo el alcance que tuviera en el ala burocrática de los convocantes.

⁶.- Memoria Abierta, *Testimonio de Oscar Álvarez*, Córdoba, 2008.

⁷.- Aníbal Córdoba, *El “Cordobazo”. Apuntes de un combatiente*, Anteo, 1971, p. 13. El texto está fechado en Córdoba pero no hay pie de imprenta del lugar de edición.

⁸.- *Ibidem*.

espontánea, incontrolada, como quisieron ver los periodistas de nuestra «prensa seria», prontos a negar todo lo que pueda desarrollar la verdadera organización popular”, concluyendo que si el Cordobazo “fue una verdadera *explosión* popular” porque “la acumulación de elementos que se venía dando «explotó», liberando una fuerza arrolladora”, la misma fue posible “sobre la base de una *movilización organizada* de las masas obreras, estudiantiles y populares”. De modo que el pueblo cordobés “no se autoconvocó, sino que *respondió a un llamado* de las organizaciones gremiales, obreras y estudiantiles y de los partidos políticos”.⁹

En el mismo sentido, pero avanzando en una lectura de los motivos de las versiones espontaneístas, Juan Carlos Cena, luego de exponer largamente cómo se reunieron Tosco y Torres, cómo se manejó la información para que no hubiera delaciones por el antecedente de la represión a la asamblea del SMATA en el Córdoba Sport (“los detalles de la organización del acto, las rutas de acceso al casco céntrico, el movimiento de las columnas, la autodefensa, todo se guardó en secreto”), cómo se repartieron las tareas sindicatos obreros y militantes estudiantiles, la preparación de molotovs, etc., arremete contra esas versiones que a su criterio hacen que “lo esencial, de no fácil percepción, acerca del Cordobazo” aun permanezca oculto (Cena, 1998: 270-273).¹⁰ Pues, continúa el ferroviario y escritor, “algunos personajes opinan desde el borde de la historia (...) con una profunda vocación por la distorsión, el ocultamiento, y la manipulación de lo ocultado”, cuando siguen manifestando “que los hechos acontecidos en Córdoba fueron espontaneísmo puro”, o cuando desplazan el protagonismo desde la clase obrera a “los estudiantes, la clase media, el botellero, las amas de casa” (*ibidem*: 272). Con su agudeza habitual, Cena entiende esa minusvaloración del rol de la clase obrera en la insurrección del 69 como una interpretación que, *sottovoce*, quita a los trabajadores “el derecho a opinar sobre sí mismos y sobre las grandes cuestiones nacionales”, mientras que “una concepción” bien distinta era la “reinante por esos tiempos” de levantamientos y puebladas (*ibidem*). Todos los intentos por reemplazar el protagonismo de los trabajadores por el de los estudiantes, además de provenir de un pensamiento reaccionario —“gorila”, es el término que elige— son incapaces de percibir que “hacia mucho” que estudiantes y obreros “andaban codeándose por estos parajes”, ya sea porque muchos estudiantes

⁹.- *Ibidem*, pp. 13-14; énfasis en el original. La sorpresiva mención de “los partidos políticos” por parte del autor responde, muy probablemente, a la política partidaria, pues al nombrarlos los designa por sus identidades y no por sus siglas partidarias (“militantes comunistas, peronistas, radicales”).

¹⁰.- Expresiones similares en pp. 279, 281.

trabajaban o porque muchos trabajadores estudiaban, desdibujando de este modo dichos perfiles identitarios como elementos fijos y dando lugar a “relaciones sociales nuevas” (*ibidem*).

Pero a estas coincidencias interpretativas se suma otra que de algún modo las matiza, y hasta parece contradecirlas. Es cuando se reconoce que a partir de cierto momento —se nombra generalmente la muerte de Mena, trabajador de SMATA— el acontecimiento toma una magnitud no prevista por los organizadores del paro y la demostración callejera. En palabras de Canelles: “...es cierto que cuando casi simultáneamente nos enteramos de la muerte de Mena, que lo matan a Mena, ya la cosa se hizo incontrolable...”.¹¹ Agustín Tosco apuntaba la causa: “Nadie controla la situación. Es el Pueblo” (Tosco, 1988: 54). El propio Juan Carlos Cena pone en boca de sus compañeros ferroviarios la dimensión imprevisible del acontecimiento: “Fue un contagio este quilombazón. Se esperaba pero no tanto. El barrio salió a la calle. Los viejos curcunchos, jugadores de bochas y campeones del juego al sapo, le dieron a la piedra. Doblaban la cintura acarreando piedras. Los pendejos meta hondazos...” (Cena, 1998: 287).¹²

Oscilaciones del relato obrero. La clase se prepara, pero el acontecimiento que produce supera la situación. ¿Espontaneísmo? El término molesta porque pareciera eliminar la continuidad de la lucha, los pequeños y grandes combates que precedieron al insurrección de mayo, pero sobre todo porque parece borrar la agencialidad proletaria. Pero eso que se nombra como espontaneísmo no necesariamente es contradictorio con la preparación, la labor diaria, la lucha previa, los antecedentes. Hay continuidad y discontinuidad. Como señala Cena, “muchos orilleros del movimiento obrero ni enterados estaban de lo que se estaba fermentando entre sus pliegues”, pero la dura

¹¹.- Memoria Abierta, *Testimonio de Jorge Canelles*, cit.. Taurino Atencio, ex activista de Luz y Fuerza de Córdoba, luego de afirmar que “el Cordobazo fue pensado y programado para ser una gran manifestación popular que generara el mayor quilombo posible” advierte que “después los hechos resultaron superiores a lo previsto” y que con el asesinato de Mena “las cosas entonces tomaron una dimensión inaudita (...) eso fue como echar nafta al fuego” (en Tejerina et. al., 2010: 50-52); más adelante, en la misma entrevista y luego de ver fotos sobre las jornadas del 29 y 30 de mayo de 1969, afirma: “No esperábamos semejante quilombo” (*ibidem*: 54).

¹².- Véase también cuando relata cómo salieron los vecinos y el rol que en ello le cupo a la represión, en pp. 288-89. Muchísimos testimonios de otras insurrecciones de esos años reiteran esta descripción de la sorpresiva participación masiva de los vecinos de los barrios. Véanse, por ejemplo, lo expresado por un militante obrero del azúcar respecto del Tucumanazo en Crenzel (1997:163-64); el testimonio de Zenón Sánchez sobre el Rosariazo en Memoria Abierta, 2007; el relato de Tomás Eloy Martínez sobre el Trelewazo (Martínez, 1973) o el de Victorio Paulón sobre la experiencia de Villa Constitución (Paulón, 2012: esp. 72 y ss.).

realidad de los trabajadores “emite señales para hacerse reconocer”, aunque “no es fácil atraparla”. La narración de Cena sutura las discontinuidades que a la vez expone al inscribirlas en el relato; dialéctica del *idem* y del *ipse* que ponga al sujeto como uno y a la vez ex-ponga sus transformaciones: “El Cordobazo fue un catalizador. Lo que fue o existió, en una situación normal, apacible para algunos, ese día que era 29, de pronto estalló en forma espectacular y todo se trastocó” (Cena, 1998: 296-97).

Cotidianeidad trastocada, afirma el ferroviario. Discontinuidad entre normalidad y excepción, pero la excepcionalidad del Cordobazo (y las puebladas de aquellos años) es la que Benjamin denominaba el “estado de excepción verdadero” en oposición al que se convirtiera en nuestra normalidad porque inscripto en la legalidad. El trastocamiento es otro nombre de la emancipación, pues en esas jornadas, la norma alterada —todo estallado y trastocado, todo explotado— era la expresión del afloramiento de lo que está en carena, de esa ruptura primordial de la política moderna alojada en la no coincidencia entre el *Pueblo* integrado del cuerpo político que incluye a todos y es titular de la soberanía, y el *pueblo* bajo, el *menu peuple*, *les misérables*, “multiplicidad fragmentaria de cuerpos menesterosos y excluidos”, “la clase que, de hecho sino no de derecho, está excluida de la política” (Agamben, 2001: 27-31).

Continuidad. La palabra y la praxis obrera que relatan los protagonistas como antecedentes del Cordobazo es el gesto político que el *pueblo* de Córdoba retoma y al hacerlo instituye una escena política nueva.¹³ Esa praxis del clasismo es un acto de vanguardia en tanto gesto —como práctica— que puede ser retomado por cualquiera sin tener pretensiones impositivas.

Discontinuidad. La rebelión puede ser punto de inflexión en las diversas narrativas porque, como señalara Tosco, el pueblo se evade del control (“Nadie controla la situación. Es el Pueblo”), se desliza de las subjetividades existentes (“lo que fue o existió”, “la normalidad, apacible para algunos” como dice Cena) por una subjetivación política que lo constituye como agente; explicita la lucha de clases que anida en la política moderna. El jugador de bochas, el pendejo, el vecino, *cualquiera* —diría Rancière— se convierten en lanzadores de piedras, honderos, activistas antidictatoriales,

¹³.- “Algo pasó ese día en Córdoba (...) los vecinos de todos los barrios salieron y prendieron fuego a lo que tenían a mano. Como si un diablo volador los contagiara con los infiernillos, infiernitos, infiernos, aquí y más allá. Como si los dioses del fuego descargaran sobre este territorio un brasero infernal, inapagable, que el aire se cansó de transportar de un lado a otro”, en Cena (1998: 289).

levantadores de barricadas, que alojan “como hijos” a los estudiantes perseguidos por la patrulla militar.¹⁴

Lo que pareciera no haber existido antes, lo “espontáneo”, es la aparición de la clase o el pueblo como acontecimiento no previsto en los roles heterónomos de la construcción social. Esa irrupción —o “explosión” como dicen varios protagonistas— es la expansión de una política antecedente —la de la militancia clasista— más allá incluso de la “perduración” del evento. Pero esa aparición tiene su fundamento en la escisión que constituye el cuerpo político moderno; se trata de una escisión originaria —es decir, arcóntica— que la lucha de clases nombra y expresa. Por eso, como señala Agamben, a pesar de que la modernidad hegemónica se caracteriza por el intento de suprimir esa escisión —ya sea de modo reactivo o progresivo— no se puede, agreguemos, resolver el problema del *tiempo* (continuidad, corte, detención) de una subjetivación y una práctica política en el solo plano de la continuidad fenoménica, en la semejanza de lo emergente (antecedente/consecuente). Lo que dura/perdura una acción depende, también, de su conversión en experiencia; de allí la crucial importancia que estos trabajadores le dieron a la interpretación, a la narración del Cordobazo; de allí su atención al relato micropolítico de los protagonismos populares junto a las caracterizaciones y perspectivas generales que ensayan, en un movimiento de mutua iluminación por el pasaje entre perspectivas macro y micro.¹⁵ Interpretar y narrar las insurrecciones como las del 69 ha sido una dimensión inherente a las mismas acciones y prácticas que se sucedieron en su nombre. Pues como dice Alain Badiou, “lo que subsistirá del acontecimiento es lo que habrá sido decidido a propósito suyo y que es, finalmente, su nombre” (Badiou, 1998).

* * *

“Algunos narraron el Cordobazo como si se hubiera hecho sin gente y sin gremios” (Cena, 1998: 297). Interpretar el Cordobazo no es sino un aspecto de un relato de la aparición del pueblo, de la historia de la clase proletaria, de su existencia. ¿Cómo relatan estos trabajadores su propio recorrido desde la normalidad serializada al protagonismo sindical?

¹⁴.- Véase el relato de Cena (1998: 293) en el que una mujer posibilita el ingreso de una decena de estudiantes a su casa y ante el requerimiento de las fuerzas represivas para que los entregue arguye que todos ellos son sus hijos.

¹⁵.- Una tarea que no se ha detenido, como lo prueban los testimonios recientes de muchos protagonistas de entonces.

“La esencia de esto es poder transmitir esta historia que es la historia de la clase trabajadora pero es la historia del pueblo argentino”, enfatiza Taurino Rufino Atencio al brindar su testimonio para Memoria Abierta y el Archivo de la Comisión Provincial de la Memoria (Córdoba) en 2009. La historia de la clase obrera es la historia del pueblo; la construcción semántica relaciona el hito histórico con la subjetivación política:

“... aparece acá, [se refiere a los años que rondan el Cordobazo; RP] en todo esto, un nuevo actor que no es el clásico agente díríamos (...) el nuevo agente de la historia aparece acá, que es la clase trabajadora. Para atrás nosotros vemos que existen generales, doctores, funcionarios de gobierno, sacerdotes de alta alcurnia, y aquí aparece este nuevo sujeto social... que no solamente aparece en escena sino que [lo hace] con el concepto de la liberación, con el concepto de que nosotros tenemos que trabajar para eliminar la injusticia que es lo que hace infeliz a una persona”¹⁶

Por un lado, la intercambiabilidad entre clase y pueblo da cuenta de la separación entre *pueblo* y *Pueblo*, en el sentido que Marx da al proletariado como aquella parte de la sociedad que no es una parte de la sociedad, y por ello puede pronunciar la palabra emancipatoria, el “concepto de la liberación” como señala Atencio, por lo que expone una conceptualización de la clase como aquella subjetivación política antagonista al orden social que “hace infeliz” a las personas. Al retomar la idea de felicidad se produce también un corte, una discontinuidad con la idea de progreso, en la medida que no se trata de *lograr una vida mejor* (que puede suponer una corrección de los aspectos negativos de un curso histórico humano juzgado generalmente como positivo) sino de una transformación de base de las relaciones de injusticia del régimen actual.

Esa injusticia aparece una y otra vez cuando estos trabajadores tienen que dar cuenta de su condición como tales en el orden social. A veces lo hacen colocando en segundo plano los motivos económicos de la insurrección: “... fue mucha bronca, mucha bronca, y no era por aumento salarial, eh, era por el sábado inglés, por el problema de la dignidad. Córdoba [tenía] los obreros mejor pagados del país, cada diez obreros, seis o siete tenían casa; cada diez obreros, seis, siete tenían auto...”.¹⁷ Otras veces explicando los mecanismos y las consecuencias de la explotación, como cuando Santos Torres, militante de SiTraC-SiTraM, comentaba, a propósito de la línea de producción, que “era la monotonía”, pero que el obrero se hacía “a esa rutina, no tenía otra cosa”, para inmediatamente contrastar sus aspiraciones iniciales y la realidad

¹⁶.- Memoria Abierta, *Testimonio de Taurino Rufino Atencio*, Córdoba, 2009.

¹⁷.- Memoria Abierta, *Testimonio de Juan Carlos Cena*, Buenos Aires, 2006.

serializada y rutinaria de la industria: “Yo cuando entré a FIAT, yo entré ya con una capacidad técnica, yo creí que era otra cosa, yo creí que iba a entrar a trabajar en un torno paralelo, donde en el torno paralelo se ve el tornero”, pero una vez ingresado “vos tenés que hacer esto y poner, pum y dale... si gastás la herramienta tenés que ir al pañol, le daba esta [herramienta gastada] y me daba la otra... No te dejaban pensar”.¹⁸ Al explicar la supuesta modernidad de la gran industria, Américo Aspitia, quien perteneciera al Sindicato de Trabajadores de Motores Perkins, advertía que ese “nuevo” modo de producir “técnicamente estaba organizado (...) para explotarnos, para sacarnos todo lo máximo posible, para que la producción sea de alto rendimiento”.¹⁹ Y Carlos Masera, uno de los principales referentes de SiTraC exponía del siguiente modo la injusticia de la explotación: “Digamos que la primer lucha fue por mejoras salariales. Nosotros habíamos tenido acceso al balance de FIAT del año 69 y en los valores de aquel tiempo la mano de obra total de los trabajadores era de 1400 millones (...) la ganancia líquida de la empresa, después de pagar todos los gastos era de 4000 millones. Bastante desproporcionado, no?”.²⁰

No es preciso explicarle a estos trabajadores en qué consiste la explotación.²¹ Y sin embargo, esa capacidad no se despliega necesariamente y siempre como una voz crítica y antagonista. Hay un hiato en los relatos sobre la militancia, sobre el pasaje al activismo clasista. “Yo desconozco en qué momento, a mí se me da por jetonear”, comenta Santos Torres, habilitando una interrogación sobre esa conversión de obrero (rutinario) en activista; y agrega: “yo no sabía nada, sabía que el sindicato no hacía nada”.²² “Siempre fui un circunstancial dirigente”, alega Carlos Masera, “que no sabía nada de nada y que improvisaba”.²³ Algo parecido transmite Suárez, delegado de SiTraC-SiTraM, cuando es entrevistado por *Pasado y Presente* en 1971:

“Y nosotros surgimos como resultado de la lucha de la Smata, en solidaridad, levantando la bandera misma que se levantó en Perdriel, 20.000 pesos y otras cosas, surgimos nosotros. Pero ya te digo un niño que no sabe caminar, entonces busca alguien que le dé un apoyo. En ese momento, ¿adónde podía ir el niño ese? ¿A «independientes»? ¿Qué había?, «62» e «independientes». No había otra cosa.

¹⁸.- Memoria Abierta, *Testimonio de Santos Torres*, Córdoba, 2009.

¹⁹.- Memoria Abierta, *Testimonio de Américo Aspitia*, Córdoba, 2009.

²⁰.- Memoria Abierta, *Testimonio de Carlos Masera*, Córdoba, 2009. El razonamiento es por demás elocuente: no se trata de un problema de costo de vida, sino de injusticia y explotación.

²¹.- Véanse también el testimonio de Domingo Bizzi (en Tejerina et. al., 2010: 83) y el de Rubén Díaz (1999: 40-41); y el *Boletín* n° 1 y el n° 2 de SiTraC, de 1971, en Duval (1988: 80-84).

²².- Memoria Abierta, *Testimonio de Santos Torres*, cit.,

²³.- Memoria Abierta, *Testimonio de Carlos Masera*, cit.. Y más adelante en la entrevista, repite: “Yo venía de no saber nada...”.

Y, ¿adónde se desplazó el niño para caminar? A «los independientes», que era indudablemente donde podía mejor hacer los pasos”.²⁴

En apariencia, ningún saber; caracterización de la posición de obrero como infante, *infans*, sin palabra. Y sin embargo, hay saberes. Saber de la explotación, saber de la docilidad de los sindicalistas pro patronales, saber que identifica a los agrupamientos gremiales combativos con los que alinearse, saber que encuentra los intersticios para la lucha y la emergencia de la palabra: “Nosotros empezamos a pensar cómo confrontábamos” con la explotación, comenta Américo Aspitia, y cuenta que comenzaron ese recorrido “desde el punto de vista de la salud (...) le consultamos a una fonoaudióloga. La audiometría daba pérdida de uno oído de casi el 60%, el otro el 20% a un año de laburar...”.²⁵

Y de todos modos, las narraciones tienen que dar cuenta de ese momento de corte subjetivo. Un corte perceptible en el modo del relato de muchos de los trabajadores cuando rememoran esa experiencia. Así, Carlos Masera menciona que en el momento en que las negociaciones de la nueva comisión de delegados de planta con la empresa FIAT y el ministerio público se prolongan y amenazan desgastarlos en infinitas reuniones inconducentes, los trabajadores deciden cerrar los portones de la fábrica para tomar una decisión de cómo continuar. Ante la requisitoria de uno de los guardias respecto de si esa actitud no implicaba la toma del establecimiento, el propio Masera comenta que se dió vuelta hacia la asamblea reunida y —reproduciendo en la entrevista cierto tono mezcla de sorpresa e ironía para reconstruir figurativamente la situación de aquel entonces— dijo: “Compañeros, parece que hemos tomado la fábrica!”.²⁶

Así, como si las decisiones no fueran propias, como si los acontecimientos *les* sucedieran; formas del relato que buscan dar cuenta de ese cambio, ese desplazamiento del mero obrero al activista-obrero, de la masa serial a la clase. Instancia de ipseidad, para nombrar “ese nuevo actor” del que hablara Attorno; instancia de des-subjetivación que implica el abandono del actante, e instancia de subjetivación, siempre en riesgo de convertirse en otra sustancialidad que los aferre a nuevos roles sociales (Rancière: 1996 y 2011; Butler, 2014). El riesgo es inherente a la experiencia, a la cual todos los trabajadores finalmente asignan sus saberes —como en el epígrafe de Tosco que abre

²⁴.- Schmucler, Héctor; Malecki, J. Sebastián y Gordillo, Mónica, *El obrerismo de Pasado y Presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre SiTraC-SiTraM*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2010, pp. 189-190. Los compiladores estiman que la entrevista a Suárez y otros delegados se realizó entre junio y agosto de 1971.

²⁵.- Memoria Abierta, *Testimonio de Américo Aspitia*, cit.

²⁶.- Memoria Abierta, *Testimonio de Carlos Masera*, cit.

este escrito. Y a la experiencia es también inherente la noción de recorrido. El riesgo de un atravesamiento de las figuras sociales para producir una inédita.²⁷



Foto a doble página en *Siete Días Ilustrados. Edición Extra*, 3 de junio de 1969.

La foto de la revista *Siete Días* nos muestra una columna de trabajadores marchando hacia el centro de la ciudad, un sujeto que, significativamente, no precisa identificarse —no hay pancartas, carteles alusivos, nombres. “Decía la radio, que esa columna marchaba sin portar carteles ni banderas”, comenta Cena mientras refiere su llegada a Córdoba capital ese mismo 29 de mayo (Cena, 1998: 280).²⁸ Y Canelles, diferenciando el Cordobazo del Viborazo, apunta que en el primero “vamos todos unidos” contra la dictadura, sin que hubiera “pancartas ni consignas partidarias de ningún tipo”.²⁹

Bien podría interpretarse esa ausencia de banderas en la permanencia de una identidad popular, en el autorreconocimiento de la multitud. O también que el *pueblo* no se presenta más que ante sí mismo y por lo tanto no precisa de marcas de identidad para que Otro lo reconozca; no se muestra, demuestra. Interpretaciones plausibles, no sólo de la fotografía sino también de muchos de los testimonios epocales y de los rememorativos. “Todos unidos” decía Canelles, unidos como uno. ¿Pero se trata, efectivamente, de una unidad identitaria? ¿Y de qué identidad estaríamos, entonces, hablando? ¿En qué situación el *pueblo* puede ser adjetivado identitariamente sin

²⁷.- La raíz indoeuropea **per*, explica Dardo Scavino, que se halla en el vocablo *experientia* era indicativa de un pasaje, pues la preposición *per* significa en latín “por” o “a través”, “y los verbos *perao* y *experi* significaban atravesar, pasar del otro lado, ir más allá de un límite, con una connotación de riesgo o de peligro”. De la misma raíz “proviene la voz *periculum* (peligro y prueba), el verbo griego *peirô* (correr un riesgo, intentar algo o atreverse) y el sustantivo *peiratês* (el pirata o el osado transgresor de la ley)”; cfr. Dardo Scavino, “Experiencia”, <http://www.escriitoresdelmundo.com/2011/06/palabras-experiencia-por-dardo-scavino.html>. Por lo demás, no podemos detenernos aquí, por razones de espacio, en el lugar central que los relatos obreros de la experiencia de clase le otorgan a la represión.

²⁸.- Y agrega que “[l]a actividad de los partidos políticos fue casi nula, fuera del Partido Comunista que se representaba a través de sus dirigentes gremiales y estudiantiles” (*ibidem*: 296).

²⁹.- Memoria Abierta, *Testimonio de Jorge Canelles*, cit. No es que faltaran todo tipo de carteles; había algunas pancartas y banderas de sindicatos, como también otras que exponían las demandas; pero eran escasas.

producir el deslizamiento hacia el otro polo y convertirlo en *Pueblo*? ¿La clase obrera es una unidad identitaria o una unidad plural?

En un cartel escrito por los trabajadores de SiTraC-SiTraM durante una de las tomas del establecimiento³⁰, puede leerse:



¿Qué significa que allí, en lo que se piensa como el corazón del clasismo, la condición obrera sea puesta entre comillas y a la vez (aparentemente) subrayada de modo intermitente? Quizás un reforzamiento de la identidad “obrero”, de ese clasismo obrerista del que fueron muchas veces tildados —y que evidentemente fue parte de esa experiencia. Pero también podemos leer el entrecomillado como una duda, una sospecha. Doble sospecha ex-puesta por estos trabajadores. Que su condición obrera no es ya (o no debería ser) la del trabajador industrial *como tal*. Que el “obrerismo” no puede (o no debería) ser nunca una identificación estable, una identidad, sino estar *siempre pasando*, estar entre el abismo que significa cualquier des-subjetivación, cualquier abandono del lugar y la identidad social asignados y esa subjetivación emergente, crítica y a la vez frágil, en peligro de ser nuevamente identidad. Que, como el subrayado de la pancarta, se trata de una identificación intermitente.

Si nos detenemos a mirar muchas de las fotos e imágenes filmicas de las jornadas del Cordobazo, y si extendemos esa mirada hacia otras insurrecciones,

³⁰.- El cartel aparece en un filmico del Canal 10 de Córdoba.

puebladas, de esos años, no nos hallamos frente a un sujeto socialmente bien determinado.³¹ A pesar de ello, la mayoría de las lecturas de la consigna “obreros y estudiantes” la interpretan como la unión de dos sectores de la sociedad — desencontrados en los años del primer peronismo. Sin embargo, me inclinaría por una lectura que pusiera el acento no tanto en “obreros” y “estudiantes” sino en la “y”. Porque la conjunción da cuenta más que de la unión de dos sectores, de la hibridez de la subjetivación política que está en el *entre*, en el desplazamiento que hace de ese sujeto uno inadscribible al rol social (obrero, estudiante).³² El sujeto de la revuelta, de la emancipación es un híbrido, es un sujeto que pasa del lugar social a uno político que él mismo se inventa, es un sujeto nómada —característica de todos los procesos formativos de la clase obrera.³³

¿Pero qué es lo que evitaría, eventualmente, la nueva sustancialización de una identidad obrera y con ella la nueva sujeción a una condición o a un lugar social desde entonces indeliberado?

2. Democracia obrera: las políticas de lo común

“En cada comida que compartimos, se invita a la libertad.
La silla siempre está vacía, pero su lugar está asignado”

René Char

La tarea de *narrarse* es también la de poner en el combate político su propia estrategia, a través de una discursividad que sea expresiva de la praxis obrera y a la vez la module. Tomar posición. Un concepto aparece como elemento medular del discurso de la vanguardia obrera de los 60/70: la democracia de bases, la democracia sindical.

³¹.- Al respecto, véanse los trabajos de Ana Julia Ramírez (2001; 2003; 2007); Ana Julia Ramírez y Aníbal Viguera (2006), Emilio Crenzel (1991), Ernesto Bohoslavsky (2012), Tomás Eloy Martínez (1973); CEDIP (1972) entre otros.

³².- Remitimos al lector a la cita de Cena antes mencionada, en relación a que muchos estudiantes eran trabajadores, y viceversa, lo que torna inestables sus “identidades sociales”.

³³.- Testimonios que dan cuenta que el conjunto “pueblo insurrecto” es *más* que la sumatoria de los conjuntos definidos por “identidades” sociales (obreros, estudiantes, empleados, profesionales, etc.), pueden consultarte en todas las fuentes primarias que se citan al final de este trabajo y en las construcciones historiográficas referidas en la nota 31. María Cecilia Cangiano percibe esta problemática en su trabajo sobre la experiencia de Villa Constitución en los 70, cuando se aparta de los enfoques disímiles de Juan Carlos Torre y James Brennan en relación a la importancia de la “identidad comunal o barrial” en la generación de la “identidad de clase”, optando por un enfoque relacional e histórico entre ambas. Volveremos sobre este tema.

Por un lado, esa democracia es una práctica política que algunos sectores del mundo del trabajo despliegan en el contexto de marcos políticos restrictivos para el ejercicio de derechos políticos. Como lo decía Tosco: “Nunca hemos engañado a nuestros Compañeros. Hemos realizado decenas de Asambleas plenamente democráticas. El derecho a decidir que de afuera nos quitaron, nosotros nunca lo dejamos de cumplir” (Tosco, 1988: 195). En ese sentido, aunque no pocas veces es invocada frente a la “burocracia sindical”, sería minimizar el asunto pensar que esa demanda de lo democrático tiene meramente el sentido de un “saneamiento” de los elementos de la clase que se han corrompido al acceder al poder sindical y actúan como “traidores”, pues entonces se trataría de un “discurso” orientado a remover los obstáculos “enquistados” en el movimiento obrero que traban su despliegue revolucionario. Desde este punto de vista, la clase ya estaría dada, sólo que no lo sabe (no puede saberlo, sea por miedo al matonismo, sea por el “engaño” de la vieja guardia).

El discurso democrático de base, en cambio, busca *expresar* esa modalidad de existencia, de *aparición* de la clase. Nuevamente es Tosco quien habla:

“Ya sea en el terreno institucional, en el de la resistencia e incluso en la clandestinidad, no hay otra relación posible que la democracia de bases. Es decir, el contacto directo entre los trabajadores y sus representantes o dirigentes. La concienciación a nivel de bases. La reciprocidad del intercambio de opiniones. Las asambleas generales, las de sectores, las de unidades de trabajo. Claro que hay diferencias para una situación institucional, de resistencia o de clandestinidad. Pero en definitiva en el terreno del sindicalismo nada es válido sin la democracia de bases y la consecuente reciprocidad entre las bases y las direcciones” (Tosco, 1988: 15).³⁴

Existe un notable esfuerzo argumental para dar cuenta de esa praxis, distinta de cualquier idealización de un basismo a ultranza que correría el riesgo de una disolución completa de la clase. Al solidarizarse con la lucha de los trabajadores de Villa Constitución, Tosco intentaba transmitir su propia experiencia en estos términos: “Creemos en la relación dialéctica positiva de base-dirección y dirección-base. Las bases sin conducción pasan por lo general al espontaneísmo y a la disgregación tornando inútiles los esfuerzos colectivos y facilitando la represión. Las conducciones

³⁴.- “...las asambleas de fábrica como expresión máxima de la democracia obrera” puede leerse en uno de los tantos documentos/hojas volante impresos por el clasismo de Villa Constitución; cfr. Movimiento Metalúrgico 7 de septiembre Lista Marrón, “A los trabajadores metalúrgicos”, s/f. [1974].

sin base pasan a ser pequeños grupos sin ecos y sin capacidad de movilización concluyendo por lo general en múltiples divisiones” (Tosco, 1988: 396-97).³⁵

Esa “relación dialéctica” se descubre en las entrevistas a los activistas de SiTraC-SiTraM realizadas por los intelectuales de *Pasado y Presente*, al presentarse como una diferencia cualitativa con otras políticas existentes en el mundo de los trabajadores (y más allá). Por un lado, porque la práctica democrática se opone al funcionamiento verticalista de las direcciones sindicales tradicionales “que nunca consultan a sus bases y hacen todo lo contrario, o sea, lo que más les conviene a ellos y maniobran para tratar de acomodarse ellos y no acomodar a sus compañeros de lucha”, como advierte un delegado de SiTraC, mientras que en estas nuevas experiencias “se recogen las opiniones de los compañeros a través de los delegados y esas inquietudes son transmitidas a la Comisión y se elaboran conjuntamente los planes que se van a llevar adelante” (Schmucler et. al., 2009: 211). Guiados por las preguntas del entrevistador, los activistas del sindicato clasista explican que todos los delegados “son elegidos por los propios compañeros de línea y de trabajo”, que hay “un delegado para 25 compañeros” aproximadamente, lo que implica un cuerpo de casi un centenar de delegados para unos tres mil trabajadores de planta; y que para el momento de la entrevista ya habían realizado entre “50 y 60 asambleas (...) se hacen continuamente para informar a los compañeros y también para discutir”, y si la mayoría se hacen en planta, las hay también “en el lugar donde sea necesario. Si es urgente se hace donde sea y como sea”, enfatizando el carácter medular del mecanismo democrático no sólo como *forma* de toma de decisiones sino, más densamente, como *forma* de la clase trabajadora, esto es, como la modalidad propia de su aparición, de su existencia. Si puede decirse que la clase está siempre *en formación* —como sostiene Rancière— esa forma de acción de la democracia de bases es un aspecto constituyente y constitutivo de la misma, el modo de una subjetivación política alternativa, y potencialmente emancipatoria; de allí que Tosco, aun en momentos en que auguraba un futuro próximo negativo no dejaba de señalar, en 1975, que resultaba “imprescindible mantener a toda costa el funcionamiento legal, semilegal o clandestino del Comité de Lucha y del Cuerpo General de Delegados en una relación abierta y democrática con las bases” (Tosco, 1988: 397). Impulsar la rebeldía y sumar trabajadores a las estructuras de resistencia no implicaba, para el

³⁵.- Mónica Gordillo señala esta preocupación en la que “el ejercicio de la verdadera democracia debía basarse en una articulación de la estructura sindical que contemplara orientaciones diferenciadas para la acción a nivel de base y a nivel de cúpulas” a propósito de la experiencia de SiTraC-SiTraM; cfr. Gordillo (2009: 24).

cordobés, apartarse de un funcionamiento abierto a las bases (*ibidem*); la clandestinidad no significaba, de este modo, un alejamiento hacia instancias separadas y tabicadas sino la adopción de mecanismos de toma de decisiones adaptados a la lucha ilegal pero *con y en las bases*.

Esta *forma* de la clase —que, repitámoslo, es una *política*, una emergencia subjetiva— alternativiza las estructuras verticalistas del movimiento obrero consolidado. Aunque tratando de atenuar retóricamente esas tendencias divergentes al asegurar que la CGT de Córdoba ni el Sindicato de Luz y Fuerza ni el Movimiento Nacional Intersindical pretendían constituirse como una suerte de CGT paralela, Tosco reivindicaba “nuestro derecho a la crítica, nuestro derecho a ir contra el burocratismo, nuestro derecho a que surja desde las bases (...) el mandato a que nosotros nos debemos”, un mandato que se opone a la política de la representación que expresan “los Congresos de la CGT”, pues “no hemos observado que la mayoría de los dirigentes que están en la CGT realicen esa práctica” (*ibidem*: 246-47) Es ilustrativo del impacto de la práctica y el discurso de la democracias de bases, el modo en que José I. Rucci, en su debate televisivo con Tosco, intenta presentar sus argumentos en defensa de la representación de los trabajadores que era la CGT:

“se supone que cualquier institución de bien público, en este caso la CGT, tiene que regir su cometido a través de cartas orgánicas que son legisladas precisamente por los representantes de los trabajadores. En consecuencia, esa expresión, que puede causar mucho efecto, de consulta a las bases, es una expresión que no cabe dentro de un movimiento sindicalmente organizado porque la CGT tiene Secretario, un Consejo Directivo y un Comité Central Confederado” (*ibidem*: 247)

Las palabras del por entonces secretario general de la CGT y carta fuerte de Perón en “la columna vertebral” son reveladoras de todo lo que una *reunión* de la base implicaba como jaque a la representación sindical. Pues si esta última intenta ser afirmada en la representación misma —que es el secreto de la representación, el de presentarse como ya representando— al mismo tiempo hay siempre una dimensión irreductible que es la reunión del pueblo o de la clase, que no puede nunca ser representada por completo. Es un plus de la palabra obrera, del “nosotros los trabajadores” o “nosotros el pueblo” el que no puede nunca ser capturado por la representación (que a su vez deriva su legitimidad de presentarse como siendo ya la representación de esa reunión). Como señala Judith Butler, la representación construye su legitimidad invocando un poder derivado de la reunión asamblearia, la cual, en la medida en que puede elegir pero también disolver a la representación, retiene una

dimensión soberana no representable (Butler, 2014: 49-54). Ese diferencial soberano es al que se refieren estos obreros-intelectuales cuando reflexionan en los términos de una dialéctica entre dirigentes y bases propia de la democracia sindical.

Pero no sólo la política de la representación sindical era confrontada por esa forma democrática de base sino que ésta también colisionaba, a veces más abiertamente que otras, con las políticas de los partidos de la izquierda, armada o no armada, o con la izquierda peronista. Aunque esas colisiones no fueran siempre plenamente visibles. Así sucede en el diálogo que varios activistas de SiTraC-SiTraM, militantes además de alguna de las tendencias políticas de la izquierda partidaria, sostienen con la revista *Pasado y Presente*.

Por un lado, los entrevistados resaltan una suerte de madurez política propia de la clase trabajadora por la cual las diferencias entre tendencias políticas se tramitan en un marco unitario, pues ninguna tendencia “chicaneaba a la otra”; eso que sería moneda corriente en el movimiento estudiantil, estaría ausente, alegan, entre los obreros. Y agrega un delegado: “Inclusive se coincide en muchos puntos, vamos como yo diría, todos para un mismo lado. Se trabaja todo mucho más juntos”. Otro activista, también delegado y militante de Vanguardia Comunista (VC) añade que mientras las tendencias estudiantiles “quieren imponer la línea y eso no es aceptado por la otra [tendencia]”, en el mundo del trabajo “a lo mejor puede venir alguna idea de una tendencia y nos parece que es la más acertada y la aceptamos” (Schmucler et. al, 2009: 227-28). Otro ejemplo de esa valoración positiva de una política democrática de base la expresa el delegado del Partido Comunista Revolucionario (PCR) en otro tramo de la entrevista:

“... una de las primeras preguntas que hicieron Uds., alrededor de qué diferencia S. y S. [SiTraC-SiTraM] de los demás sindicatos es precisamente eso, lo nuevo que ha aparecido en el movimiento obrero tanto a nivel provincial como a nivel nacional. Anteriormente los obreros estábamos acostumbrados, nos habían enseñado, que nosotros no debíamos participar en política, ni discutir de política, de que para eso había otros sectores sociales que se encargaban de hacer la política para los obreros. Lo nuevo es precisamente la inversa de eso; que nosotros los obreros empezamos a buscar nuestro propio camino y nuestra propia política, con una ideología que corresponda a nuestros intereses” (*ibidem*: 215).

Sin embargo, por otro lado, a la pregunta por si esas coincidencias entre tendencias podrían ser el fundamento para que surgiera “un Partido único”, casi todos los entrevistados responden negativamente. El delegado militante del PCR lo considera “prácticamente imposible” porque “nosotros, el partido político de la clase, ya existe”.

Coincidiendo con estos argumentos, el delegado del Peronismo de Base (PB) apunta que hay “acuerdos mínimos y hasta ellos se debe trabajar en conjunto” pero las cosas cambian “cuando llegamos al punto estratégico” pues allí, arguye, “tomamos tres calles distintas”. Y mientras el militante del PCR reafirma que “trabajamos juntos para la lucha sin problemas, con una gran fraternidad, solidaridad de compañeros” pero “en política existen profundas diferencias que imposibilitan desde luego llegar a unirse”, el delegado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) explicita que el problema se plantea en que, para “los obreros concientes”, la tendencia “que haga más por la clase obrera y le de un sentido claro” será la línea del partido que predominará. Sólo el delegado de VC se permite pensar, apenas como posibilidad, la unidad de las izquierdas partidarias (*ibídem*).³⁶

Los mismos trabajadores que recrean cada vez a la clase obrera combativa en la reunión democrática y argumentan plenamente convencidos por dicha práctica *política*, se exteriorizan respecto de la misma cuando hablan desde posiciones de identidad partidaria, exponiendo una escisión entre democracia obrera y lo que piensan es “la política”. Como integrantes del sindicalismo clasista, estos activistas identificados con el PCR, el PRT, el PB o VC esperan que la clase haga su propio camino; como militantes partidarios, estos obreros clasistas acatan la dirección partidaria que ya se estableció como partido de la clase y marca el camino, subordinan la praxis clasista a la “estrategia” que es la del partido, y suponen una política que estaría *más allá* de la acción del sujeto que, paradójicamente, postulan como el propiamente revolucionario. No se trata, exclusivamente, de una cuestión argumental, de la formulación —nuevamente— de la tesis leninista, que resulta ser un sustrato común a la lógica de partido (que ninguno de los entrevistados pareciera percibir como coincidencia entre esas formaciones partidarias). Por el contrario, consiste en una divergencia política de enorme envergadura, un desdoblamiento de las políticas revolucionarias al interior mismo de las subjetividades obreras, una configuración polar y en tensión de la vanguardia obrera.³⁷ La defensa identitaria (de partido) y la escisión de la democracia

³⁶.- “El tiempo lo dirá” es la respuesta del militante de VC respecto de la posibilidad de la unificación de los partidos de izquierda a partir de la práctica democrática y unitaria de los trabajadores. Hay que señalar que la pregunta, tal como fuera formulada —en relación a la unidad partidaria— imprime la cuestión identitaria y con ella fuertes determinaciones a las respuestas posibles; lo que no deja de ser significativo, pues los intelectuales de *Pasado y Presente*, que interrogan a la experiencia clasista por su novedad y autonomía, igualmente se preocupan de buscar allí la formación del “partido de vanguardia”.

³⁷.- Una polaridad equivalente se manifiesta en ciertas ambivalencias de las reflexiones de Tosco a propósito de las posiciones de SiTraC-SiTraM, del plenario de sindicatos clasistas, de las críticas de

obrera respecto de la “política estratégica” —con la salvedad mencionada del delegado de VC— es sintomática de una confrontación entre, al menos, dos políticas revolucionarias.³⁸

Porque la democracia de bases mina las prerrogativas que la representación, en este caso partidaria y revolucionaria, se arroga como vanguardia política de la historia. Cuestiona en su misma aparición como subjetivación la razón que afirma que “el partido de la clase ya existe”, la figura ya establecida de los “caminos estratégicos” o la posición pasiva de quienes deben esperar la línea del partido “que más haga por la clase”. Pero además, y más profundamente, la democracia obrera, su *forma* que es la reunión asamblearia y el mandato, destituye las políticas identitarias y a la vez no alcanza nunca a configurarse como otra práctica de la identidad, pues el enunciado, “nosotros, los trabajadores” o “nosotros, el pueblo” es siempre un enunciado incompleto y plural (Butler, 2014).

Por eso Carlos Masera decía, en una entrevista realizada por María Eugenia Eltkin, que “[n]osotros éramos independientes de los partidos, pero éramos políticos. Queríamos participar y entender la política, no nos queríamos inhibir de ella. La intención de plantear el clasismo era asumir que éramos la clase dominada y que queríamos defender los intereses de esa clase”.³⁹ En una reunión con antiguos militantes sindicales, Masera volvía sobre este asunto del clasismo: “el sindicato se hizo clasista para no ser partidario”.⁴⁰ Bien puede inferirse que la clase, o una política de clase, aparece en este recuerdo como alternativa no sólo frente al poder estatal y patronal sino también frente a las representaciones partidarias, frente a cualquier forma de identidad partidaria de los trabajadores.⁴¹ Alternativa, no necesariamente oposición. En el seno del clasismo convivían esas identidades siempre que se sometieran a la praxis unitaria (y a la vez plural) de la democracia obrera.

Aunque lo enuncia en términos genéricos, Tosco desestima el problema de la adscripción partidaria, pues dentro del “propio terreno del movimiento obrero, no vale

Atilio López, de las posiciones de los intelectuales y los partidos, etc., en las cartas que envía a Susana Funes desde la cárcel de Devoto entre mayo y septiembre de 1971; cfr. Licht (2004: 107-111).

³⁸. - Una defensa de la política revolucionaria en clave identitaria (en este caso, peronista) frente al desafío que implica el clasismo puede cotejarse en Corriente Estudiantil Nacional Popular-CENaP/UNE, “El CENaP ante el programa SITRAC-SITRAM”, en *Antropología 3er mundo*, n° 8, sept.-oct. 1971, pp. 6-10.

³⁹. - Entrevista a Carlos Masera, por María Eugenia Eltkin, en revista *Los '70*, n° 8, s/f. [c. 1998].

⁴⁰. - Malecki, J. Sebastián (2014), p. 52, n. 43. Para Malecki, quien menciona esta escena, “la referencia al término clasista fue una respuesta casi *natural*, en el sentido que lo que aglutinaba a la mayoría de los militantes de S-S era un sentimiento de clase y no una ideología concreta”. Pero queda por dilucidar qué sería ese “sentimiento de clase” cuya naturalidad es sospechada por el propio articulista.

⁴¹. - En el mismo sentido, Gordillo (2009: 24-26).

tanto el encuadramiento partidario político —dicho con todo respeto” sino la posición de “enfrentamiento al régimen y al sistema” o la colaboración (Tosco, 1988: 168). Y apunta que “lo revolucionario de la CGT de los Argentinos” fue la capacidad para construir una unidad entre compañeros de distintas ideologías, brindando una valiosa experiencia respecto a que se puede construir una “fuerza popular” y “respetar el pensamiento político de cada uno” (*ibidem*: 111). Pues se trata de

“unirse no en el concepto de [que] cada uno deje de pensar en sus matices o en sus particularidades ... hay que unirse llevando en el corazón o en la conciencia esos aspectos particulares, pero llevando en el programa y en la acción los objetivos fundamentales que van a hacer a la liberación nacional. Y damos un ejemplo que lo hemos vivido, porque todo lo que sabemos nosotros lo sacamos de nuestra propia experiencia y de las conclusiones que nos determina esa experiencia. Nosotros ponemos como ejemplo de esa unidad del pueblo contra la opresión, contra el comunitarismo, contra el corporativismo, lo que en particular vimos y vivimos en Córdoba el 29 y 30 de mayo” (*ibidem*: 137).

La inteligencia obrera no entiende que la democracia de bases tuviera por función, meramente, la de transparentar la gestión en el movimiento obrero, es decir, reemplazar a los dirigentes “traidores” por dirigentes “honestos”.⁴² Para ellos, como lo formulara Tosco, el rol de la clase obrera no era participar como subalterna en las esferas del poder burgués y capitalista, tal cual lo hacía el colaboracionismo, sino “impulsar las transformaciones revolucionarias” que destituyeran la opresión y la explotación, por lo que la clase trabajadora debía “ser la vanguardia organizada y combativa de los demás sectores populares para lograr la liberación nacional y social”. Pero ese papel, agregaba, “lo estamos jugando fundamentalmente desde las organizaciones de base y debemos insistir sobre ello. Porque es desde allí donde se genera únicamente el sindicalismo auténtico. Sólo haciéndonos eco de los reclamos que parten del propio pueblo es como podremos encontrar soluciones populares. Toda concepción de élites, en uno y otro sentido, a favor del sistema o supuestamente contra él, termina sirviendo a su consolidación” (Tosco, 1988: 205-06).

Si el sindicalismo auténtico, el que puede desplegar ese papel de vanguardia se construye *únicamente* en las organizaciones de base, es porque hay en ello un aspecto propiamente político insustituible por cualquier lógica de las élites, aun de aquellas que “supuestamente” enfrentan el poder capitalista (pero que, evidentemente, para Tosco, no llegan a ser estrategias realmente subversivas del orden, aunque las respete como otras

⁴².- Volveremos sobre la cuestión de los “dirigentes honestos” de la izquierda, y las explicaciones que encuentran en esa “honestidad” las razones para su elección por una clase obrera mayoritariamente peronista.

opiniones políticas revolucionarias). La insistencia de estos dirigentes es digna de la mayor atención. Si para el lucifercista cordobés “estas reuniones de base son de tanta trascendencia”, la razón principal no habría que buscarla tanto en sus repercusiones (que de todos modos no minimiza) sino en “su práctica constante”, en “su reiteración en organizar desde abajo”, ampliando e intensificando las reivindicaciones populares (*ibídem*: 206). Es que la reunión misma de los trabajadores, ese agrupamiento horizontal e igualitario, donde todos participan y tienen el mismo derecho a ejercer la palabra, como instancia de re-unión —de una unidad distinta a la que produce la disposición seriada y homogeneizante de la clase por el capital, o la uniformización de lo uno bajo el paraguas identitario— es la emergencia de una política performativa de un nosotros desplazado del rol de trabajadores que asigna el orden social. Incluso antes de la enunciación de sus demandas hay una enunciación implícita en esa reunión democrática que coloca en la escena una política contradictoria y subversiva de jerarquías y roles sociales, como también de identidades preconcebidas. Es la reunión sin banderas de las columnas obreras del Cordobazo. Sus “repercusiones”, podríamos decir, no equivalen a la difusión mediática, sino a lo que esa práctica política implica como alternativización efectiva de las políticas de los sujetados. Por eso, esta intelectualidad obrera no puede sustancializar la misma existencia de la clase sino que la percibe *en su formación* reiterada, en su forma: “Conceptuamos al movimiento obrero como una práctica eminentemente democrática” (*ibídem*: 246). El movimiento *es* una *práctica*, la clase es una *práctica*, es comunismo como acontecimiento, como acontecer de una potencia que bajo el capitalismo se encuentra invisibilizada y que se expone en la reunión de ese nosotros capaz de articular en la unidad la multiplicidad de ideas, identidades, saberes, experiencias, trabajando como *fictor* de lo común.⁴³

El carácter medular de la práctica democrática para una política emancipatoria, Tosco lo percibía con claridad, y es por ello que convocaba a defenderla allí donde existiera y a promoverla donde faltara, en condiciones legales o clandestinas, dependiendo de la situación (*ibídem*: 354).⁴⁴ Esa práctica democrática *que es* la clase es

⁴³.- Por ello es que no puede recalar en *una* identidad (ni trabajadores ni vecinos, ni peronistas ni socialistas, etc.). El clasismo, tal como trata de ser abordado aquí, es una expresión *no identitaria* de la política revolucionaria, emancipatoria, de la clase *en formación*, de una pluralidad que no puede ser reducida a ninguna identidad; y ésta es también una dimensión de su auto-nomía.

⁴⁴.- “Donde funcionan conducciones democráticas combativas o revolucionarias, hay que defenderlas hasta sus últimas instancias y consecuencias. Donde no existen hay que luchar para recuperar a las organizaciones, para ponerlas al servicio de los trabajadores y de la liberación. Mientras tanto, hay que desarrollar el concepto unitario, frentista defensivo, reivindicativo y liberador, desde las bases, con las bases para enfrentar y derrotar a la burocracia, para que el movimiento obrero en conjunción con otras

la que evita las sustancializaciones identitarias, es la que *es* una experiencia que alimenta, al narrar(se), la formación de la clase, y es la que desbarata los dispositivos fabriles que paralizan la imaginación del obrero haciendo de su trabajo algo reactivo a la experiencia.⁴⁵ Esa práctica democrática es la posibilidad de la unidad y la pluralidad, entendidas como igualdad sin mecanismos homogeneizadores. Es el lugar de la palabra obrera como palabra antagonista.

3. La palabra antagonista: modulaciones de la voz proletaria

En un escrito de septiembre de 1969, Tosco replicaba a un periodista de *Resultado* sobre el carácter correctivo de la cárcel para los activistas del Cordobazo, pues la prisión —decía el articulista— les enseñaría cuáles eran sus atribuciones y cuáles sus responsabilidades; el encierro los haría reflexionar sobre el lugar que como “obreros” ocupaban en la sociedad. La indignación de Tosco es llamativa en un dirigente inclinado a la exposición razonada: acusaba al periodista de ignorante, soberbio y cínico. ¿Por qué tanta indignación, tanta alteración? La diatriba del articulista de *Resultado* apuntaba a disolver la escena política que había abierto el Cordobazo, argumentando que la punición carcelaria los conminaría a dialogar como “moderno movimiento sindical” de “esencia negociadora”, y a abandonar las posiciones de “intransigencia” (Tosco, 1988: 62-65), es decir, a aceptar una escena interlocutiva en donde debían hablar *como obreros*, en posición de reproductores de la relación social de explotación y sumisión al capital. Es esta vuelta a la *apoliticidad* lo que subleva al dirigente cordobés, pues si la lucha de los trabajadores “ya sea individual u organizadamente” se circunscribiera a lo denominado “estrictamente gremial”, si se limitaran las reivindicaciones obreras al ámbito de la convención colectiva de trabajo, el resultado sería la complicidad con el “sistema de explotación y de opresión que padece la mayoría del pueblo”. La apoliticidad “sustenta en la práctica la política de la

fuerzas populares sea una palanca decisiva para la construcción de una sociedad más justa y más humana” (*ibidem*)

⁴⁵.- Porque esos dispositivos sustituyen la memoria por la respuesta condicionada, el aprendizaje por un ejercicio que (se) atrofia y la habilidad por la repetición; cfr. Buck-Morss, Susan (2005: 125). No pocos activistas de la experiencia clasista comentan, en la actualidad, que la práctica democrática recurrente de las asambleas terminó por cansar a muchos trabajadores; efectivamente, sostener esa subjetivación es una acción que exige, que está siempre en una posición de confrontación y por tanto incómoda respecto de los lugares tradicionales, habituales (es una confrontación permanente de los hábitos, laborales, vecinales, etc.).

reacción” porque sustrae a los trabajadores la palabra sobre “la organización económica, social y cultural de la sociedad”; quienes pretenden que los trabajadores no emitan opinión sobre cómo “debe estar organizada esa sociedad” favorecen los intereses de la clase dominante, pues la estructura societal actual “sirve a sus intereses” (*ibidem*: 178-79).

La posibilidad de actuar *autónomamente* está así ligada indisolublemente a un acto de palabra que inaugura una escena interlocutiva impensable en el orden social dominante. En estos obreros-intelectuales, la dicotomía político/apolítico funciona como expresión de la posibilidad (o la imposibilidad) de esa palabra, que es en sí misma una palabra subversiva porque cuestiona los fundamentos indeliberados de la sociedad capitalista. El clasismo se funda, así, en un acto de palabra indisoluble de una práctica política democrática de la cual es su dimensión enunciativa. Por eso Tosco afirmaba que “[l]a filosofía de la conciliación de clases” era “la subordinación rigurosa y *silenciosa* de la clase obrera a la estrategia y a las conveniencias coyunturales de las grandes patronales y del imperialismo” (*ibidem*: 350; el énfasis me pertenece). La autonomía de clase, si se juega en parte en el terreno de las confrontaciones con la burocracia sindical, las patronales y el Estado, es, además y en el fondo, una sustracción del cuerpo social de los trabajadores al lugar social asignado *como obreros*, y por ello una dislocación de las reglas sociales que vertebran la diferencias y jerarquías del orden.⁴⁶

“Mi pecado es no callar la verdad de mis compañeros”, decía Agustín Tosco (Tosco, 1988: 195). “Mi pecado es no callar la verdad...”. “Mi pecado es no callar...”. Ese lugar de palabra, la misma enunciación de unos trabajadores que ya no hablan *como tales*, sino como sujetos políticos y por eso dicen la verdad de la explotación, altera de modo crítico lo que propiamente podemos llamar el escenario político. Este es el fondo por el cual estos dirigentes son elegidos por la bases: el carácter clasista de esta palabra no se juega en las identidades partidarias de las direcciones electas ni en la honestidad que les cabría a los activistas de izquierda.⁴⁷

⁴⁶.- Los periodistas de *La Nación* lo veían entonces con claridad; no sólo calificaron de hecho subversivo al Cordobazo (“Graves hechos subversivos sucedieron ayer en Córdoba” tituló el matutino de los Mitre en la primera plana del 30 de mayo) sino que en una editorial de 1975 afirmaban: “La subversión que enfrenta la República no es sólo la ‘guerrilla’, es esta apenas la metralleta de un fenómeno que ha calado hondo en la vida política, social y económica [...] esa subversión también se manifiesta en la fractura de ciertos valores mínimos de jerarquías y disciplina...” (*La Nación*, 7 de octubre, cit. en Franco, 2012: 250).

⁴⁷.- El argumento que sostiene que las victorias electorales del clasismo con una base mayoritariamente peronista eran producto de la “honestidad” de esos dirigentes no sólo elude la existencia de miles de dirigentes clasistas y peronistas en las comisiones internas, etc., sino que parece suponer que no podría haber dirigentes peronistas honestos. Es la dimensión clasista del movimiento obrero la que expresa el sindicalismo combativo, sea en Luz y Fuerza de Córdoba, en los ingenios tucumanos, en Smata Córdoba,

Más que una cuestión de honestidad, la elección de dirigentes clasistas puede ser entendida como una cuestión de fidelidad. De ser fieles a una posición, que se expresa en esos dirigentes. Como cuando Tosco gana las elecciones estando encarcelado. Como cuando los trabajadores de El Chocón van a una huelga durísima y son severamente reprimidos, en 1970, por defender no sólo a los dirigentes que habían elegido —y que el secretario de la UOCRA, Rogelio Coria, había destituido unilateralmente— sino para refrendar la posición y la posibilidad de ser ellos quienes decidieran. Muchos de los testigos de época hablan del Choconazo como una rebelión por la dignidad. Y es dignidad una palabra que repiten los activistas obreros cuando relatan sus experiencias de los años 60 y 70. Por la dignidad, comenta Juan Carlos Cena, se produjo el Cordobazo. Pero ¿a qué se refieren estos trabajadores-intelectuales cuando hablan de dignidad? En ciertos casos, hay un uso, digamos, laxo del término, para referirse a cuestiones salariales, niveles de ingreso o acceso a ciertos bienes de consumo; se trata entonces de un uso inscripto en un significado de la valía personal y del respeto humano como algo que se mide —según los parámetros del mercado. Pero en los escritos políticos del activismo clasista hay, principalmente, un extendido uso político que apunta que la dignidad como respeto de la persona no es medible, cuantificable. Este sentido de la palabra dignidad designa una posición de sujeto, una subjetivación que no tiene lugar en el orden social. Así, en el léxico clasista, la dignidad se opone a la explotación, la dignidad se opone a un hablar *como* obreros, vendedores de fuerza de trabajo:

“Vamos a continuar la lucha sin ningún tipo de claudicaciones para que nuestro pueblo acceda a los niveles de vida que le permitan trabajar con dignidad, desarrollar toda su capacidad ... en una palabra, liberarse de toda la explotación e injusticia en una patria liberada. O sea, nosotros tenemos un compromiso para aportar todo lo que podemos para construir el socialismo, una nueva sociedad que elimine la explotación del hombre por el hombre”⁴⁸

Dignidad es una de las palabras por las cuales la inteligencia obrera designa su posición autónoma; de allí su contigüidad con la lucha y la democracia de base. Autonomía respecto de la burocracia sindical, respecto del Estado, respecto de las organizaciones partidarias, como señala Gordillo (2009). Pero también y más

en Astarsa, en Villa Constitución, etc. El problema nace de pensar la relación dirigentes-base en términos de representación y no de democracia.

⁴⁸.- Tosco, Agustín, “Reportaje Exclusivo”, en *Ya*, 13 de agosto de 1973. Entre las muchas ocasiones en las que se evidencia el mismo significado para el término dignidad, véase Tosco (1988: 90-95, 137-140) y (2009: 407, 432); y la marcha “¡El Villazo!” (Colección Lista Marrón).

medularmente, dignidad es la palabra que nombra la autonomía como apartamiento de los trabajadores del “moderno movimiento sindical” de “esencia negociadora”, para desplegar la propia posición de la democracia obrera. Autonomía que es también ruptura identitaria —como obreros— que no cuaja en una nueva sustancialización, por lo que este activismo es designado por sus posiciones de confrontación: sindicalismo combativo, sindicalismo de liberación, clasismo, etc.⁴⁹

¿Cómo se construye esa unidad plural, unidad de lo múltiple, sin imposiciones y frente a la hegemonía del capital? Nuevamente la palabra obrera ofrece una pista para pensar el proceso de construcción contrahegemónico. A propósito del Movimiento Sindical Combativo, advertía Agustín Tosco en 1974:

“Nosotros no hacemos desde el movimiento sindical combativo una cuestión de hegemonía, al mismo tampoco queremos que nadie haga una cuestión de hegemonía; si hay tantas cosas para pelear, si tenemos que defendernos, de las patronales, de la burocracia, de la policía, del ejército. Ahí está la hegemonía que marca nuestro camino. Ahí está el enemigo contra quien debemos combatir y dejarnos de planteos hegemónicos o de enfoques que dividen, que diferencian y que en el fondo debilitan las fuerzas y desfavorecen la operatividad y el retraso del desenlace histórico que debe de producir sustancialmente la clase obrera, ligadas a sus vanguardias revolucionarias”⁵⁰

¿Qué significa que nadie debe imponer su hegemonía? ¿Acaso que más importante que hegemonizar es unir? ¿O que, como muchos señalan repetidamente, ciertas diferencias deben postergarse porque dividen al movimiento? ¿Cómo se decide cuáles diferencias pueden postergarse y cuáles no? Es probable que Tosco, en este acto, estuviera advirtiendo —pues de hecho era ya su preocupación— sobre la necesidad de actuar unitariamente para frenar las políticas reaccionarias y represivas en curso, y no es difícil advertir en sus escritos y discursos un tono pesimista que irá creciendo hasta sus últimos días, poco más de un año después de este discurso que aquí citamos. Pero quisiera detenerme sobre todo, y muy brevemente, en la primera parte de la reflexión, en lo que posibilitaría esa unidad y esa fuerza: la ausencia de planteos hegemónicos.⁵¹

⁴⁹.- Aunque no podemos extendernos aquí sobre el tema, narrar la historia obrera —como hacen muchos de estos activistas, antes y ahora— es también asumir una palabra antagonista, al inmiscuirse no sólo en la distribución social establecida de la producción simbólica, sino en los modos de construcción del conocimiento.

⁵⁰.- Discurso de Agustín Tosco en el acto de homenaje a los héroes de Trelew, 22 de agosto de 1974 (en Funes, 1984: 57).

⁵¹.- Una crítica del CENaP al programa de SiTraC-SiTraM expone, por la negativa, este mismo aspecto, al señalar que resulta incongruente que el sindicalismo clasista proclame un programa de gobierno cuando no cuenta ni expone una “metodología para llegar al gobierno”; en CENaP, cit., p. 7.

Ciertamente puede leerse el término en una acepción vulgar; pero también puede leerse plausiblemente como una política contrahegemónica que no precisa ser, a su vez, una nueva hegemonía, sino una sustracción de la política obrera al pensamiento propio de la política burguesa, una “política/*polis*” que no se deja capturar por la “política/*police*”, para usar la distinción de Rancière en la misma ambivalencia del término “política”. La palabra antagonista del clasismo setentista es la que puede decir la contrahegemónica de una práctica emancipatoria sin convertirse a su vez en hegemónica para quedar atrapada en las lógicas (*políticas*) y los deseos (*policiales*) del capital.

Bibliografía citada y Archivos consultados

Archivos

Archivo Oral de Memoria Abierta
Colección Lista Marrón, UOM, Villa Constitución, Memoria Abierta.
Archivo SiTraC (online): <http://www.archivositrac.org.ar/el-archivo/>

Fuentes primarias

Impresas

- CEDIP (Centro de Estudios y Difusión Peronista) (1972), “El mendocinazo. Crónica, análisis y relatos”, *Cuadernos de antropología del 3er mundo*, Buenos Aires, año 1, n° 2, julio.
- Cena, Juan Carlos (1998), *El guardapalabras. Memorias de un ferroviario*. Prólogo de Osvaldo Bayer, La Rosa Blindada, Buenos Aires.
- Córdoba, Aníbal (1971), *El “Cordobazo”. Apuntes de un combatiente*, Anteo, [Córdoba].
- Díaz, Rubén (1999), *Esos claroscurios del alma. Los obreros navales en la década del '70*, La Plata, El sueñero.
- Entrevista a Carlos Masera, por María Eugenia Eltkin, en revista *Política, sociedad y cultura en Los '70*, n° 8, s/f. [c. 1998]
- Martínez, Tomás Eloy (1973), *La pasión según Trelew*, Buenos Aires, Granica.
- Paulón, Victorio (2012), *Una larga huelga. Historias de metalúrgicos*, Buenos Aires, Desde el subte.
- Schmucler, Héctor; Malecki, J. Sebastián y Gordillo, Mónica (2009), *El obrerismo de Pasado y Presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre SiTraC-SiTraM*, La Plata, Ediciones Al Margen.
- Tejerina, Hernán; Roitman, Susana; Cabral, Ximena y Olivera, Emilia (2010), *El torno y la molotov. Relatos e imágenes de la Córdoba obrera 60-70*, Córdoba, Universitas-Jorge Sarmiento Editor.
- Tosco, Agustín (1988), *Escritos y discursos*, Buenos Aires, Contrapunto.
- Tosco, Agustín (2009), *Textos reunidos. 1953-1972*, Córdoba, UNC.
- Tosco, Agustín (2011), *Textos reunidos II. 1972-1975*, Córdoba, UNC.
- Tosco, Agustín, “Reportaje Exclusivo”, en *Ya*, 13 de agosto de 1973.

Audiovisuales

- Memoria Abierta, *Testimonio de Américo Aspitia*, Córdoba, 2009.
- Memoria Abierta, *Testimonio de Carlos Masera*, Córdoba, 2009.
- Memoria Abierta, *Testimonio de Jorge Canelles*, Buenos Aires, 2001.
- Memoria Abierta, *Testimonio de Juan Carlos Cena*, Buenos Aires, 2006.
- Memoria Abierta, *Testimonio de Oscar Álvarez*, Córdoba, 2008.
- Memoria Abierta, *Testimonio de Santos Torres*, Córdoba, 2009.
- Memoria Abierta, *Testimonio de Taurino Rufino Atencio*, Córdoba, 2009.
- Memoria Abierta, *Testimonio de Zenón Sánchez*, Villa Constitución, Santa Fe, 2007.

Fuentes secundarias

- Agamben, Giorgio (2001), *Medios sin fin: notas sobre la política*, Valencia, Pre-Textos.
- Badiou, Alain (1998), “Conferencia sobre *El ser y el acontecimiento* y el *Manifiesto por la filosofía*”, en Revista *Acontecimiento*, VIII, 15, pp. 21-49.
- Balvé, Beba et. al. (1973); *Lucha de calles, lucha de clases*, Buenos Aires, La Rosa Blindada.
- Bohoslavsky, Ernesto y Yappert, Susana (2012), *Elegantes y rebeldes. El Rocazo*, General Roca, Fondo Editorial Municipal.
- Brenan, James y Gordillo, Mónica (2008), *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*. Ed. De la Campana, la Plata.
- Brennan, James (1992), “El clasismo y los obreros. El contexto fabril del sindicalismo de liberación en la industria automotriz cordobesa” en Revista *Desarrollo Económico*. Vol. 32 N° 125.
- Brennan, James (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Brennan, James P. y Gordillo, Mónica B. (1994), “Working Class Protest, Popular Revolt, and Urban Insurrection in Argentina: The 1969 Cordobazo”. *Journal of Social History* , 27(3): 477-498.
- Buck-Morss, Susan (2005), *Walter Benjamin, escritor revolucionario*, Interzona.
- Butler, Judith (2014), “«Nosotros, el pueblo». Apuntes sobre la libertad de reunión”, en AA.VV., *¿Qué es un pueblo?*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, pp. 47-67.
- Cena, Juan Carlos (2000), *El Cordobazo, una rebelión popular*, La Rosa Blindada, Buenos Aires.
- Crenzel, Emilio (1991), *El Tucumanazo (1969-1974)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Duval, Natalia (1988), *Los sindicatos clasistas: SiTraC (1970-1971)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Delich, Francisco (1994 [1970]). *Crisis y protesta social. Córdoba, 1969-1973*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Franco, Marina (2012), *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y subversión (1973-1976)*, Buenos Aires, FCE.
- Funes, Susana (1984), “Agustín Tosco. Dirigente revolucionario”, *Hechos y protagonistas de las luchas obreras argentinas*, n° 6, agosto.
- Gordillo, Mónica (1991), “Los prolegómenos del Cordobazo. Los sindicatos líderes de Córdoba dentro de la estructura de poder sindical” en *Desarrollo Económico* 31, 122, septiembre.
- Gordillo, Mónica (1996), *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

- Gordillo, Mónica (1999), "Movimientos sociales e identidades colectivas: repensando el ciclo de protesta obrera". *Desarrollo Económico* N° 155.
- Gordillo, Mónica (2001). *Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa: una aproximación a la cultura política de los 70*, Córdoba: Ferreyra Editor.
- Gordillo, Mónica (2007), "Sindicalismo y radicalización en los setenta; las experiencias clasistas", en Clara Lida, Horacio Crespo y Pablo Yankelevich (comps.): *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. México D.F., El Colegio de México, págs. 59-84.
- Gordillo, Mónica (2009), "Pasado y presente de la autonomía obrera", en Schmucler, Héctor; Malecki, J. Sebastián y Gordillo, Mónica (2009), *El obrerismo de Pasado y Presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre SiTraC-SiTraM*, La Plata, Ediciones Al Margen, pp. 19-30.
- Halperín Donghi (2004), *La república imposible, 1930-1945*, Buenos Aires, Ariel.
- Hernández, Juan (2000), "El Cordobazo y sus interpretaciones" en *El Rodaballo*, N° 10, verano.
- Licht, Silvia (2004), *Agustín Tosco y Susana Funes, historia de una pasión militante. Acciones y resistencias del movimiento obrero*, Buenos Aires, Biblos.
- Malecki, J. Sebastián (2009), "Intelectuales y obreros en la Córdoba de los 60-70", en Schmucler, Héctor; Malecki, J. Sebastián y Gordillo, Mónica, *El obrerismo de Pasado y Presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre SiTraC-SiTraM*, La Plata, Ediciones Al Margen, pp. 31-65.
- Ramírez, Ana Julia (2001), "Las puebladas en la Argentina de los '70. El Caso de General Roca, julio de 1972., Ponencia presentada en LASA 2001, Washington, septiembre.
- Ramírez, Ana Julia (2003), *The People's Collective Politics. Mobilization, Radicalization, and Political Change in Argentina (1966-1973)*, mimeo.
- Ramírez, Ana Julia (2007), "Las mediaciones locales de la protesta. El caso del Trelewazo (octubre de 1972)", en *Sociohistórica*, N° 19 /20, Prometeo, Buenos Aires.
- Ramírez, Ana Julia y Viguera, Aníbal (2006), "La protestation sociale dans les trois dernières décennies du XXe. Siècle", en *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine, Université de Nanterre, Francia, N° 81, enero-marzo.
- Rancière, Jacques (1996), *El desacuerdo. Política y filosofía*, Nueva Visión.
- Rancière, Jacques (2011), *El tiempo de la igualdad. Diálogos sobre política y estética*, Barcelona, Herder.
- Scavino, Dardo (2011) "Experiencia", <http://www.escriitoresdelmundo.com>